

La política de la posverdad

Diego Rubio

*There are a terrible lot of
lies going about the world,
and the worst of it is that
half of them are true.*
Winston Churchill

Existen muchas mentiras en torno a la posverdad. *The Economist*, *The Guardian* y *The New York Times* han convertido esta idea en una de las claves para explicar el último auge de los populismos, la victoria del Brexit y la llegada a la Casa Blanca de Donald Trump. Bajo el toque lastimero de una corneta dorada, sus analistas han anunciado “el fin de la honestidad política” y el comienzo de una nueva “era de posverdad”, en la que el debate estará dominado por las emociones y los prejuicios del votante y no por la opinión de los expertos o la evidencia empírica.

La cuestión, sin embargo, es mucho más compleja. Requiere matices y consideraciones que, de no hacerse, podrían convertir la posverdad en parte del problema que pretende denunciar. En contra de lo que el prefijo pos-

Diego Rubio es historiador y analista político, doctor por la Universidad de Oxford.

Nuestras democracias nunca han estado más apegadas al dato factual y a la evidencia empírica que ahora. Lo que ocurre es que el marco epistemológico ha cambiado. En el mundo de hoy, la verdad no compite contra la mentira, sino contra otras verdades.

pueda sugerir, lo cierto es que la mentira ha existido siempre en política y que el dato factual nunca ha tenido tanto peso como ahora. Nada permite demostrar que las mayorías de hoy estén más dispuestas que antes a tolerar el engaño o a apoyar proyectos basados en falsedades. La verdad no ha perdido importancia. Lo que ocurre es que se ha multiplicado. Ya no es una, sino muchas, todas ellas igualmente válidas. Entender este cambio de paradigma es esencial para comprender qué está pasando y desarrollar soluciones eficaces. En el mundo de hoy, la verdad no compite contra la mentira, sino contra otras verdades.

Pasado: 2.500 años de posverdad

Empecemos señalando que el concepto de posverdad no es nuevo. Fue acuñado en 1992 por el escritor serbio Steve Tesich, y empleado por académicos y periodistas para describir las campañas presidenciales de George W. Bush y Mitt Romney en 2004 y 2012. Todavía más antiguo es el fenómeno al que se refiere: una circunstancia en la que “los hechos objetivos tienen menor influencia en la formación de la opinión pública que los llamamientos a la emoción y a la creencia personal”, según *Oxford Dictionaries*.

La mentira ya formaba parte de la democracia griega hace 2.500 años. Tucídides y Jenofonte describen en sus historias las argucias de demagogos

como Cleón o Alcibíades, quienes utilizaron el engaño para desacreditar a sus rivales, despertar prejuicios y alimentar esperanzas entre los ciudadanos menos instruidos. Esta conducta fue condenada por Aristóteles, pero encontró apoyo en pensadores como Tácito, Quintiliano o Platón, para quien “los gobernantes del Estado (...) tienen permitido mentir (...) en sus tratos con sus enemigos o sus propios ciudadanos”.

En el siglo XVI, Maquiavelo y otros humanistas europeos retomaron esta idea y la elevaron al rango de norma general en la praxis política. En oposición a sus predecesores medievales, Maquiavelo se propuso crear una teoría del poder basada “en la verdad factual de las cosas (*verità effettuale della cosa*) más que en la visión imaginada de estas”. Según Maquiavelo, la misión principal del gobernante no era la de servir como modelo ético a sus súbditos, sino la de “conservarse en el poder” y, así, asegurar la prosperidad del Estado. Para ello —explica en el capítulo XVIII de *El Príncipe*—, este debía “seguir el ejemplo del zorro (...), saber disfrazarse bien y ser hábil en fingir y en disimular”, mintiendo y “rompiendo sus promesas” cuando “semejante observancia vaya en contra de sus intereses”. Estos engaños, explicaba Maquiavelo, no solo eran legítimos en virtud de su practicidad, sino también fáciles de acometer, ya que “los hombres son tan simples y están tan centrados en las necesidades del momento, que aquel que engaña encontrará siempre quien se deje engañar”.

Las ideas de Maquiavelo se extendieron rápidamente por Europa causando un profundo impacto en los teóricos del incipiente Estado moderno. Incluso aquellos que las condenaron por heréticas acabaron absorbiendo parte de su realismo político y su aceptación de la mentira como un mal necesario. Tanto es así que a mediados del siglo XVI la palabra “político” se usaba a menudo como sinónimo de “hipócrita”, y la vieja máxima atribuida a Luis XI de Francia (*Qui nescit dissimulare, nescit regnare*) era aceptada como el principio rector de la política barroca. En 1589, el escritor español Juan de Horozco representó el mundo con la alegoría de un globo llevado a hombros por un atlante llamado “Engaño”. Sobre ellos, una inscripción rezaba: “Este solo me sustenta”.

En el siglo XVIII, los filósofos ilustrados se opusieron a esta forma de entender la política. Frente al pesimismo de los realistas, ellos reivindicaron la tendencia natural del hombre a buscar la verdad, condenaron el uso de la mentira y auspiciaron un futuro dominado por el gobierno de la razón. Los políticos de su tiempo, por supuesto, siguieron recurriendo al engaño para eliminar a sus rivales y ascender en la escala de poder. Así lo denunciaron,



Steve Bannon, director de Estrategia de la Casa Blanca, y Kellyanne Conway, consejera del presidente, en una reunión sobre ciberseguridad (Washington, 31 de enero de 2017). GETTY

entre otros, Voltaire, cuando declaró amargamente que “la política no es otra cosa que el arte de mentir intencionadamente”, o Jonathan Swift, quien en *The Art of Political Lying* (1710) describe a los *whigs* y *tories* británicos como “grandes genios de la mentira”, esbozando un panorama que recuerda mucho a la campaña del Brexit.

En el siglo XX, la mendacidad política creció en frecuencia y complejidad impulsada por la difusión del sufragio universal, la opinión pública y los medios de comunicación. Los regímenes totalitarios hicieron del engaño la piedra angular de sus sistemas propagandísticos y de censura. Hitler falsificó informes y creó noticias apócrifas para exagerar las pérdidas de los aliados, difundir el rumor de que Estados Unidos había perdido la guerra en el Pacífico y culpar a los judíos de todos los problemas de Alemania. En *Mein Kampf* (1925), el Führer hablaba ya de “la gran mentira”, una falsedad tan “colosal” que “nadie se atrevería a pensar que es inventada”. Dirigentes europeos, como Mussolini, Franco, Salazar, Stalin o Tito, entre otros, no se quedaron atrás, y acostumbraron a falsificar testimonios, fotografías y toda clase de documentos para eliminar a sus rivales políticos, culpabilizar a ciertas minorías y ocultar los crímenes de sus regímenes.

Dicho esto, sería un error pensar que en el mundo libre no se dieron las mismas prácticas. Aquellos que describen a Trump como el heraldo de la

posverdad harían bien en recordar al senador republicano Joseph McCarthy, que en los años cincuenta aprovechó el miedo al comunismo de la población estadounidense para destruir a sus competidores mediante acusaciones calumniosas e infundadas. De igual modo, deberían recordar al presidente Ronald Reagan quien solo en su primer mandato contó más de 200 mentiras, como demostraron, ya en 1984, los investigadores Mark Green y Gail MacColl. Deberían al menos recordar a George W. Bush, que en 2003 aprovechó la psicosis antimusulmana provocada por el 11-S para mentir sobre las armas de destrucción masiva y justificar una guerra en Irak cuyas consecuencias aún estamos padeciendo.

En resumen, la demagogia y la falsedad han desempeñado siempre un papel importante en política. Hay una clara línea que conecta a los demagogos griegos con los populismos contemporáneos.

Presente: la posverdad hoy

Esto no significa, naturalmente, que la sola trayectoria baste para explicar el escenario actual. En los últimos años, algunos políticos han comenzado a engañar con menos escrúpulos que antes. Según PolitiFact, el 70% de las declaraciones factuales que Trump hizo durante su campaña electoral eran parcial o totalmente falsas. Mientras que en el caso de su predecesor, Mitt Romney, el porcentaje fue del 42%. Las mentiras del nuevo presidente de EEUU, de Nigel Farage en Reino Unido, Marine Le Pen en Francia, Geert Wilders en Holanda y Gábor Vona en Hungría son más descaradas y, a pesar de ello, más eficaces que las de sus predecesores. ¿Por qué?

La clave no se encuentra tanto en el concepto de mentira como en el de verdad. No existe ninguna evidencia empírica que demuestre, como sugieren algunas élites despechadas, que al ciudadano de hoy no le importe ser engañado o que esté dispuesto a apoyar discursos basados en datos que ellos mismos consideran falsos. “La verdad” no se “ha vuelto irrelevante” o “de importancia secundaria”, como declara *The Economist*. Lo que ha ocurrido es que se ha multiplicado; ya no es una, sino muchas. En la cultura contemporánea, la verdad no se opone a la mentira, sino a otras verdades, todas ellas consideradas de igual validez.

Esta atomización de la verdad responde a diversas causas. Una de ellas, no menor, es la consolidación de la filosofía posmoderna que tuvo lugar en la segunda mitad del siglo XX. Siguiendo los principios del giro lingüístico y las ideas de intelectuales como Jean Baudrillard, Jean-François Lyotard,

Jacques Derrida y Michel Foucault, los pensadores posmodernos rechazaron la existencia de una verdad universal y objetiva como algo naíf y represivo, y negaron la posibilidad de construir metarrelatos históricos y políticos. En su lugar, postularon un nuevo paradigma intelectual que solo permite verdades –en minúscula y en plural– imbuidas en la estructura del lenguaje, particulares a una sociedad determinada y limitadas a la percepción individual.

Esta visión ejerció una notable influencia en el mundo académico y acabó permeando a gremios afines como el de los periodistas, quienes, ya en la década de los noventa, empezaron a considerar la objetividad como un principio obsoleto que solo servía para engañar a los lectores que aún creían en ella. Hoy, ese relativismo epistemológico está plenamente asentado. Barack Obama se ha lamentado recientemente de que en el actual ecosistema mediático “todo es verdad y nada es verdad”; el jefe de propaganda del Kremlin, Dmitry Kiselyov, está de acuerdo:

“la era del periodismo neutral ha pasado. Es imposible porque lo que uno selecciona del vasto océano de la información ya es subjetivo”.

La multiplicación posmoderna de la verdad se ha visto reforzada a su vez por la proliferación de datos y verdades científicas contradictorias. Figuras como Paul Krugman o Farhad Manjoo aseguran que nuestras democracias están entrando en una etapa “posfactual” en la que la evidencia empírica y contrastable ha perdido toda relevancia. La perspectiva histórica, sin embargo, sugiere lo contrario. Conviene recordar que, como ha explicado la historiadora Mary Poovey en un trabajo reciente, el dato numérico ni siquiera existía en el Antiguo Régimen. No fue hasta el siglo XIX, con el desarrollo de la econometría y la estadística modernas, cuando la evidencia empírica empezó a tener una mínima incidencia en la esfera pública. Las primeras encuestas de opinión se realizaron en EEUU en 1920 y los gobiernos no empezaron a tenerlas en cuenta para configurar sus políticas hasta los años cincuenta. Si se analizan los debates electorales de entonces, se constata con asombro la escasa presencia que tenían los estudios académicos y los datos oficiales, siendo principalmente las ideas las que vertebraban el discurso. Hoy, por el contrario, las estadísticas, el *big data* y los

**La multiplicación
posmoderna de la verdad
se ha visto reforzada
por la proliferación
de datos y verdades
científicas contradictorias**

dictámenes aportados por universidades, *think tanks* y organismos internacionales ocupan un papel preponderante en la acción política y ejercen una notable influencia en la opinión pública. En otras palabras, nuestras democracias son más factuales que nunca.

El error está en pensar en el dato como un fragmento objetivo y evidente de la realidad. Cualquier persona familiarizada con las ciencias sociales sabe que la verdad no es a menudo una, sino muchas; no es algo cerrado, sino abierto; no tiene un método, sino varios; no es encontrada, sino construida. De ahí que veamos partidos políticos sacando conclusiones distintas sobre los mismos datos.

Algo parecido ocurre en las ciencias naturales. La proliferación de métodos, disciplinas, escuelas e intereses en la comunidad científica ha hecho que la falta de consenso entre investigadores se haya acrecentado. Uno de los efectos indeseados ha sido que la noción de una verdad científica, única y universal, se ha vuelto cada vez más remota para los ciudadanos. Piensen, por ejemplo, en el asunto de la nutrición. Hoy conocemos mejor que nunca el funcionamiento del cuerpo humano y el papel de los macronutrientes en nuestra alimentación. Aun así, los especialistas no paran de contradecirse. Lo que para unos es saludable y necesario, para otros es nocivo y desaconsejable. Cansado de lidiar con esta miríada de dictámenes contradictorios, el no especialista termina por relativizar la validez misma del estudio científico y el juicio de los expertos, y acaba quedándose con aquellos datos que se adaptan mejor a sus creencias o costumbres.

Los políticos contemporáneos han aprendido a utilizar esta situación a su favor. En 2002, el analista republicano Frank Luntz elaboró un informe secreto para Bush en el que le recomendaba “convertir la falta de certeza científica [sobre el cambio climático] en la clave del debate político”. “Los votantes –decía Luntz– creen que en la comunidad científica no existe consenso sobre el calentamiento global. Si pensaran que sí lo hay, sus visiones al respecto cambiarían”, de modo que la clave estaba en visualizar y sobredimensionar “la falta de acuerdo”. La administración Bush siguió su consejo y la estrategia dio resultado. Actualmente, el 43% de los republicanos cree que el cambio climático “no está ocurriendo”, mientras que entre los demócratas los escépticos no llegan al 10%.

Políticos como Trump, Farage o Le Pen se amparan en la aparente multiplicidad de verdades para rechazar sin ambages aquellos datos oficiales y dictámenes de expertos que no les convienen y presentar sus *alternative facts*, siguiendo la expresión utilizada por la consejera republicana

Kellyanne Conway en enero de este año. En un mundo en el que la mayoría de la población no cree en la existencia de verdades universales y objetivas, resulta mucho más fácil desdeñar los datos molestos y construir discursos basándose en lo que Stephen Colbert llamó *truthiness*: ideas que “parecen verdad” o que “deberían serlo”.

Esta práctica se apoya a su vez en una situación de profunda desconfianza ciudadana. Fuentes diversas revelan que entre el 50% y el 60% de los europeos y norteamericanos ya no se fían de aquellas instituciones tradicionalmente creadas para determinar qué es verdad y qué no: los gobiernos, los medios de comunicación, la justicia y la ciencia. Esta falta de confianza en los llamados *gatekeepers* ha hecho que nuestra capacidad como sociedad para consensuar verdades quede severamente mermada, ya que, como señaló el filósofo Bernard Williams, *truthfulness is a form of trustworthiness*. Nadie investiga un tema en suficiente profundidad como para alcanzar una opinión informada sobre el mismo. A partir de cierto punto, es necesario fiarse de los expertos. Si no podemos hacerlo, el sistema se desmorona. Los líderes populistas se están aprovechando de ello para descartar como falsedades los titulares, estudios y datos que no les interesan y sacar sus verdades adelante.

A esta desconfianza hay que añadir, por otro lado, el efecto distorsionador de los nuevos medios de comunicación y las redes sociales. Las informaciones falsas y las noticias apócrifas han tenido siempre un papel importante en política. En la Antigüedad circulaban de boca en boca, o aparecían “grafiteadas” en los muros de las calles. Tras la invención de la imprenta, se multiplicaron, circulando como hojas volanderas y panfletos. Pero a partir de finales del siglo XX la difusión de Internet hizo que la desinformación aumentase. Entre 2007 y 2017, el número de periódicos (digitales y en papel) y de canales de televisión se ha duplicado en Occidente. Este incremento en cantidad no ha supuesto, sin embargo, un aumento en la calidad y el rigor, sino más bien al contrario. Muchos medios han encontrado un lucrativo nicho de mercado en la difusión de prejuicios, manipulaciones y rumores sin fundamento, incrementando así la multiplicación de verdades y la contaminación del flujo informativo.

Además de difundir las mentiras, Internet está facilitando la tendencia humana a evitar aquellas ideas que contradicen las propias

Las redes sociales han agravado esta tendencia. Hoy día, hay 2.000 millones de usuarios de Facebook y Twitter en el mundo. Según un informe del Pew Research Center, dos terceras partes de ellos encuentran y consumen las noticias a través de sus muros. El problema reside en que estos espacios están llenos de noticias no contrastadas. Varios estudios han demostrado que en las redes sociales los artículos que contienen informaciones incorrectas se comparten tanto como aquellos con informaciones fiables y que, como resultado, muchas páginas de contenido político alojadas en Facebook llegan a tener hasta un 38% de contenidos falsos o engañosos.

Además de difundir las mentiras de ciertos políticos, Internet está facilitando la tendencia humana a evitar aquellas ideas que contradicen las propias y a rodearse de personas que piensan de una forma semejante a la suya. Estos fenómenos se conocen como *filter bubble* y *homophilous sorting*, respectivamente. El primero es causado por los algoritmos de Google y las redes sociales. Estos algoritmos están diseñados para ofrecer a cada usuario resultados personalizados en función de sus *likes*, *shares* y búsquedas previas, reduciendo así las posibilidades de que este tropiece con ideas, datos u opiniones que contradigan su visión del mundo. El resultado es un extraño vórtice de ceguera en el que, cuanta más información consume una persona, más atrapada queda en sus propios prejuicios y sesgos cognitivos. El *homophilous sorting* es la tendencia natural de las personas a encerrarse en grupos afines donde su cosmovisión es compartida y no es cuestionada por nadie. Internet ha aumentado nuestra capacidad para formar y encontrar, dentro y fuera de la red, estas cámaras de eco donde el pensamiento crítico escasea. Muchos líderes populistas están valiéndose de tales espacios para difundir sus mentiras con total libertad, a sabiendas de que no serán cuestionadas y servirán para movilizar apoyos.

Futuro: opciones para el mañana

Todo apunta a que ninguno de estos fenómenos desaparecerá en las próximas décadas. La pregunta es, por tanto, ¿qué puede hacerse al respecto? ¿Cómo podemos mitigar la incidencia política de las mentiras y las noticias falsas en este escenario posmoderno de verdades múltiples, desconfianza ciudadana y redes sociales? De entre las varias propuestas sugeridas, destacaría tres.

La primera consiste en incrementar la presencia y eficacia de los filtros de verificación. Estudios realizados en EEUU demuestran que los políticos son

menos proclives a mentir cuando saben que están siendo controlados por un *fact-checker*. Entre 2015 y 2016, este tipo de herramientas crecieron en un 60% en Internet. Es necesario que también proliferen en televisiones y redes sociales. Facebook y Twitter han anunciado la creación de botones y algoritmos para detectar y denunciar los contenidos menos fiables y los perfiles falsos. Es un comienzo. El problema está en que la eficacia de estas herramientas dependerá, en última instancia, de la capacidad y predisposición de la población a hacer uso de ellas.

Esto conduce a la segunda propuesta: fortalecer la formación y el pensamiento crítico de la ciudadanía. Según los últimos datos de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (OCDE), solo el 0,7% de los habitantes de los 35 países más desarrollados del mundo pueden entender textos complejos que requieran “contrastar ideas o puntos de vista, o evaluar argumentos basados en evidencias”. Un estudio reciente de la Universidad de Stanford confirma esta situación, y revela que más del 80% de los estudiantes de secundaria estadounidenses son incapaces de determinar la credibilidad de una noticia. El informe describe su habilidad para valorar fuentes de información como “una amenaza para la democracia”. No es una exageración. La ignorancia y el olvido son los lodos en los que germina la mentira política. De ahí que la educación esté llamada a desempeñar un papel esencial en la lucha contra los populismos del siglo XXI. Hay que fomentar los planteamientos pedagógicos que ayudan a desarrollar el pensamiento crítico, y recuperar aquellas disciplinas humanísticas y sociales que enseñan a entender un texto o un discurso, contrastar fuentes de información y cuestionar las creencias establecidas.

Por último, hay que reconstruir la confianza ciudadana en los gobiernos, los medios de comunicación, la justicia y la ciencia. Toda sociedad necesita contar con un marco de referencia, unas reglas de juego y unos árbitros que regulen la vida en comunidad. Los occidentales del siglo XXI debemos comprender que hay verdades que, aunque no puedan ser alcanzadas, deben ser consensuadas. Esto no significa, naturalmente, que debamos constituir un ministerio de Verdad como el que imaginó George Orwell. El reto está en restablecer el prestigio de las instituciones sin caer en las miserias de la censura y el pensamiento único que imperaron en los regímenes totalitarios y dictatoriales del siglo pasado. Al fin y al cabo, solo hay una cosa peor que mentir: perder el derecho a hacerlo.